

## Producir la fisura: etnografía, feminismos y academia

Elíizabeth Manjarrés Ramos

Dpto. de Psicología Social y Antropología. Universidad de Salamanca. ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/rao.95185>

### Gregorio Gil, Carmen; García Peral, Blanca (eds.) (2023). *Etnografía y Feminismos. Restituyendo saberes y prácticas de investigación*. Berna: Peter Lang.

Han transcurrido más de cinco décadas desde que los feminismos, como teorías críticas y movimientos sociales, dieron origen a una antropología que desafiaba el androcentrismo epistémico de sus raíces. Aunque medio siglo ha pasado desde entonces y este campo de estudios se ha consolidado, hacer etnografías feministas sigue siendo una praxis sospechosa y sin manual, que se enfrenta no solo a las resistencias de la antropología tradicional y a los propios retos que atraviesa la disciplina, sino también a la diversidad de planteamientos y disputas de los feminismos, y al reaccionarismo de nuestras sociedades. En este sentido, hacer etnografías feministas exige una alerta y una renovación constante, un diálogo interno siempre inacabado con nuestros propios procesos de producción de conocimiento y también un diálogo con otras y otros investigadores que nos permitan repensar nuestras praxis etnográficas, nuestros feminismos y nuestro lugar en la academia.

Con este marco de inquietudes, el libro *Etnografía y Feminismos. Restituyendo saberes y prácticas de investigación* editado por Carmen Gregorio-Gil y Blanca García Peral traza varias sendas de reflexión. La obra reúne un compendio de estudios en los que sus autoras y autores nos abren la caja negra de sus etnografías y de una forma honesta, comprometida y encarnada, nos comparten algunas de las complejidades y dilemas experimentados al hacer etnografías que rechazan el extractivismo científico y cuestionan el modelo positivista, androcentrista y colonialista. Evidentemente, no se trata de una obra en la que se propongan recetas únicas, sino en la que se reflexiona desde las dudas y las preguntas encontradas en el trabajo de campo y desde las resistencias vividas en el entorno académico de la ciencia hegemónica. Como muestran sus páginas, no existe una única vía para hacer etnografías feministas, sino múltiples, pues las etnografías feministas deben ser pensadas desde la heterogeneidad, el (in)disciplinamiento y la flexibilidad que conlleva responder a los compromisos sociales antes que a los mandatos científicistas.

En términos formales, el libro está compuesto por una introducción de sus editoras en la que se narra la intrahistoria que dio lugar al libro; dieciocho capítulos, agrupados en cuatro ejes de reflexión y un epílogo a cargo de Herminia González Torralbo. Los textos agrupados en el primer eje temático de la obra se preguntan cómo generar productos con nuestras investigaciones que signifiquen, que tengan sentido para las personas con quienes trabajamos y (co)producimos saberes, y que trasciendan y cuestionen las jerarquías en torno al texto escrito académico. En la primera sección del libro, titulada *Reescribir. Rasgar silencios, testimoniar y narrar*, se reúnen cuatro capítulos en los que se nos comparten algunas alternativas para generar productos etnográficos que rompan con las tradicionales formas de dominación, desigualdad y poder que se esconden tras la escritura académica convencional, permitiendo que las etnografías sean espacios de expresión para las personas que participan en ellas. Los capítulos de esta sección, a cargo de Esperanza Jorge, Inmaculada Antolínez, Melissa Chacón, Ana Fernández y María Viñolo, exploran cómo a través de tejidos, herbarios, poemarios y registros audiovisuales podemos (co)crear productos coherentes con una etnografía no elitista ni extractivista, generando productos que significan para las y los participantes de nuestras investigaciones.

En los últimos años se ha generado en el ámbito académico un frenesí por publicar los resultados de nuestras investigaciones en artículos en revistas indexadas. Estas publicaciones son empleadas como forma de validar el conocimiento científico y de medir/controlar la productividad investigadora. El formato de escritura de estos artículos es altamente academicista y está pensado y dirigido hacia un público conformado, mayoritariamente, por investigadoras e investigadores. La exacerbación de este tipo de resultados ha supuesto que los resultados de investigaciones que se exponen en otros formatos no sean tenidos en cuenta en los procesos de producción académica y, si es que lo son, lo son de una forma secundaria. Por ello, apostar por productos etnográficos alejados del modelo de rendimiento científico neoliberal de las indexaciones es una elección que supone un desvío y/o un costo en la carrera académica. En este sentido, en

la primera sección del libro las autoras nos acercan a las contradicciones experimentadas entre su identidad como académicas y su identidad como feministas al momento de elaborar los resultados de las investigaciones; ¿cómo generar productos con nuestras investigaciones que signifiquen para las personas con quienes realizamos nuestras etnografías?, ¿para quiénes hacemos y escribimos nuestras etnografías?, ¿cómo fisurar el sistema del texto académico sin que ello suponga precarizarnos más o alejarnos de los espacios de toma de decisiones en la academia?

La segunda sección del libro, titulada *Autoetnografía. Escribir desde la experiencia encarnada*, nos introduce en los dilemas, miedos y vulnerabilidades que implica hacer de la vivencia encarnada una fuente de conocimiento. Pese a que las autoetnografías son metodologías de investigación y perspectivas epistémicas que han consolidado su autoridad en el ámbito de la antropología feminista, no dejan de ser praxis cuestionadas por la antropología objetivista que mira con sospecha la exposición, politización y teorización de nuestras propias subjetividades. En este orden de ideas, hacer una autoetnografía es una práctica arriesgada y valiente en dos sentidos, primero porque implica confrontar aspectos de la propia vida y exponerlos a los cuestionamientos y a la validación de terceras personas y, segundo, porque supone exponerse a las críticas de la antropología positivista, defensora de la supuesta distancia y neutralidad con quienes trabajamos. Los cuatro capítulos que integran esta sección, elaborados por María Alonso, Ana Álvarez, Victoria Fernández y Laura Sánchez hablan con franqueza sobre sus dudas y preocupaciones en relación con la sospecha académica que generan las autoetnografías y sus estrategias para lidiar con esta sospecha.

En la tercera sección, *Coescritura. Etnografías colaborativas y activistas*, se articulan cinco trabajos en los que el activismo y la investigación confluyen, investigaciones en las que las investigadoras e investigadores pertenecen a los movimientos sociales que estudian, dando a sus investigaciones una perspectiva comprometida e implicada. Así como las autoetnografías son tratadas con recelo, las etnografías militantes también son objeto de un doble cuestionamiento y sospecha. Por una parte, el mandato de imparcialidad de la antropología androcéntrica y positivista las sitúa entre las etnografías que, como mucho, pueden aspirar a aportar material empírico para ser usado por personas supuestamente más imparciales y objetivas; y, por otra parte, es cada vez más frecuente que en los activismos los y las académicas sean objeto de rechazo y desconfianza. En este sentido, los trabajos que conforman esta tercera sección, a cargo de Cristina García, Lola Martínez-Pozo, Diego Mendoza, Ariana Cota y Amets Sues, nos hablan de las relaciones de poder que se generan en el trabajo de campo ¿puede la investigadora opinar en los movimientos sociales que estudia?, ¿su voz será tenida en cuenta de una forma distinta debido a su identidad como académica?, ¿cómo hacer investigaciones en movimientos sociales sin ser vista con sospecha por los y las compañeras de activismo, y sin caer en formas extractivistas de investigación?, ¿cómo lidiar con el mandato de imparcialidad del racionalismo científico?. Este género de investigaciones está lleno de tensiones, fricciones, (des)encuentros y contradicciones entre la militancia y la investigación, y entre las expectativas de las compañeras de militancia y lo que nos exige la academia.

Finalmente, la cuarta y última sección del libro, llamada *Incorporar la etnografía en el tránsito por lugares comunes*, se pregunta si es posible hacer etnografías sin transformarse, sin emocionarse, sin dejarse afectar. En esta sección se reúnen cinco textos en los que sus autoras narran cómo el trabajo de campo se incorporó en sus emociones, en sus vidas, en sus anhelos, en sus posicionamientos políticos, epistémicos y éticos, en su escritura y en sus identidades. Las tensiones y retos enfrentados en el campo no solo transforman la investigación, sino también transforman a quien investiga. Mantener la neutralidad, la distancia, el extrañamiento, como lineamientos para hacer etnografías son códigos contrarios a los que mueven a las etnografías feministas en las que el acto de emocionarnos forma parte de nuestros compromisos. Defender la emoción como otra forma de aproximarnos al mundo y producir conocimiento es disputarle al racionalismo su primacía como único medio válido para acercarnos a los fenómenos sociales. Dejarse afectar, dejarse emocionar es el primer paso para establecer relaciones intersubjetivas basadas en la horizontalidad, la honestidad y la confianza, y es la vía más clara para realizar etnografías responsables en las que se prioricen los cuidados frente a cualquier interés extractivista.

Un debate transversal presente en todas las secciones y capítulos del libro es el de cómo abordar la escritura de etnografías desde una perspectiva feminista. Por un lado, la escritura feminista ha buscado integrar las emociones en las narrativas como actos políticos de resistencia ante los discursos hegemónicos racionalistas. Parte de la esencia de la escritura feminista se encuentra en su opción por incorporar la experiencia vivida en primera persona, el yo autoral, apelando al conocimiento que se construye desde una perspectiva situada, alejándose del frío lenguaje analítico científicista. Además, la escritura feminista se caracteriza por su búsqueda de claridad y sencillez, por evitar tecnicismos y exceso de jerga científica que cree un distanciamiento entre las personas expertas y las personas con quienes trabajamos, se apuesta por un lenguaje literario, sensible y comprensible y por una escritura etnográfica cercana, en la que el uso de la primera persona no supone un demérito sino una alternativa epistémica en la que el yo autoral se explicita abiertamente. No obstante, existe el riesgo de que este énfasis en la emoción, en la escritura desde la primera persona del singular y en el lenguaje literario, desacrediten nuestros trabajos dentro de los circuitos tradicionales de la disciplina que defienden un modelo de escritura analítica, impersonal y fría en la que se hace desaparecer al yo autoral. De esto deriva una pregunta que atraviesa todo el libro ¿cómo habitar la academia sin doblegarnos a los mandatos del científicismo hegemónico y sin que ello implique truncar nuestras trayectorias?

Todos los libros tienen una historia y la historia de éste está muy ligada al mentorazgo feminista. El libro no es solamente una muestra de cómo se confabulan las etnografías posicionadas desde el feminismo sino también es un testimonio de cómo se tejen genealogías y redes feministas dentro de la academia. Entre

los capítulos que componen el libro es posible sentir que circulan afectos, que se comparten luchas y compromisos. El libro es la evidencia de que una forma de mentorazgo comprometido, afectivo y dialógico es posible, opuesto al mentorazgo que se ejerce desde la jerarquía, la distancia, la verticalidad y la autoridad. En los distintos capítulos de la obra se percibe como Carmen Gregorio ha creado afectos y parentescos académicos, y ha apostado por los cuidados como praxis ético-política, no solamente en las relaciones que se desencadenan en las etnografías entre las investigadoras y las personas con quienes trabajamos, sino también en la academia, en la relación entre las mentoras y mentores de esas investigaciones y quienes investigan. En el texto introductorio de la obra, titulado *Tejer procesos de investigación y colectivizarlos*, Carmen Gregorio nos revela algunas de las tramas internas de la producción de este libro, que comenzó a gestarse a finales del 2018, como parte de un proceso de revisión y de puesta en común de experiencias etnográficas feministas vividas, en gran medida, bajo su contención y mentorazgo. En este sentido, este libro es un testimonio de que los cuidados también pueden formar parte de los espacios académicos, siendo esta una forma de contestar al racionalismo epistémico y al distanciamiento jerárquico característico del pensamiento androcéntrico universitario.

Hacer etnografías feministas implica situarnos en un lugar epistémico, político y ético incómodo, que aún es visto por la ciencia positivista como una amenaza y que viene acompañado de dilemas, críticas y contradicciones. Las páginas de este libro no ocultan este desafío y nos muestran que apostar por etnografías feministas sigue teniendo un costo en la trayectoria académica. No obstante, este libro también es una muestra de las potencialidades de habitar nuestras etnografías, es una invitación a realizar investigaciones y escrituras situadas y comprometidas que catalicen procesos de (co)construcción de saberes, es un llamado a reflexionar, a dejarse afectar por las etnografías, a dejarse incomodar, a sentir malestar y a repensar nuestros procesos de investigación, las relaciones desencadenadas en nuestras etnografías, las jerarquías epistemológicas que nos atraviesan, los productos que generamos con nuestros trabajos y nuestro propio rol como investigadoras y es, finalmente, una provocación para que repensemos nuestras maneras de acercarnos al mundo y producir conocimiento, en coherencia con nuestras propias posturas feministas.